

LEONARDO JEFFS CASTRO
(1938-2015)

Quienes conocimos al profesor Jeffs Castro, recibimos con sorpresa en los primeros meses de 2015, los comentarios sobre la grave enfermedad que aquejaba a Leonardo y con no menos pena la noticia de su fallecimiento en septiembre pasado. Su presencia elegante, y sus maneras respetuosas y sin estridencias, plenas de consideración por el otro, habían hecho de él una figura honorable en el núcleo de investigadores sudamericanos de historia de las relaciones internacionales.

La profesión que abrazamos nos permite coincidir con fugaz intensidad en esos espacios que constituyen los encuentros académicos, con personas con quienes compartimos intereses e inquietudes intelectuales. Allí se forjan muchas veces amistades que enriquecen nuestra existencia con sus ideas, experiencias y ocurrencias, a la par que ayudan al desarrollo del conocimiento científico, favoreciendo los intercambios, el trabajo en equipo, los proyectos comunes. Nos asomamos entonces a una parcela limitada, pero significativa, de la vida de nuestros colegas, como compañeros de una estudiantina tardía. En octubre de 2001, Joaquín Fernandois y otros activos académicos chilenos organizaron en Santiago unas recordadas jornadas de Historia de las Relaciones Internacionales, a inspiración de otras que por Argentina y Brasil ya contaban con decididos seguidores. Muchos argentinos conocimos allí a Leonardo, que con presteza se unió al grupo de 21 “profesores de Universidades del Cono Sur”, como reza el acta fundacional, que dieron en impulsar, más como señal de pertenencia, como propuesta de acción, como programa de trabajo que como institución burocrática, una Asociación Latinoamericana de Historia de las Relaciones Internacionales. Participaron de aquel propósito común los chilenos Raúl Bernal-Meza, José Del Pozo, Eduardo Devés, Fernandois, Sergio González y Jeffs, los brasileños Sandra y Braz Brancato, Fernando Camargo, Amado Cervo y Tau Golin, y los argentinos y argentinas Cristián Buchrucker, Beatriz Figallo, Edmundo Heredia, Ignacio Klich, Lidia Knecher, Pablo Lacoste, Andrés Musacchio, Delia Otero, Mario Rapoport e Isabel Stanganelli. Con parejo entusiasmo, acudimos a la generosa invitación de Leonardo cuando en 2003 se lanzó a organizar sus propias jornadas chilenas de Historia de las Relaciones Internacionales en Viña del Mar, con vocación inclusiva y en la amistosa confraternidad que produce nuestra identidad regional, con perfiles diferenciados pero con similitudes que nos acercan en la simpatía del descubrimiento mutuo. Periódicamente nos volvíamos a ver, no sólo en el complejo universitario de Viña del Mar-Valparaíso, donde llegó a ser director del Centro de Estudios Latinoamericanos y del Instituto de Historia y Ciencias Sociales, de la Facultad de Humanidades, UV, así como de su *Revista de Estudios Latinoamericanos*, y desde donde con voluntad, esfuerzo y ganas solía renovar las convocatorias, en los congresos argentino-chilenos de estudios históricos e integración cultural, como el que compartimos en Salta en 2007, o en las nuevas ediciones de las tradicionales jornadas que la Asociación Argentina de Historia de las Relaciones Internacionales (AAHRI) lideradas por Rapoport, organizó en el IIHES de Buenos Aires.

Circunstancias reveladoras para dimensionar mucho más sus empeños y su personalidad, se dieron para mí en dos ocasiones. En octubre de 2011, Leonardo asistió a las II Jornadas sobre “Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina del siglo XX”,

realizadas en la Universidad Católica Argentina en Buenos Aires, donde presentó un trabajo sobre “La protesta clerical en el Arzobispado de Mendoza (1965-1966)”, tema de investigación que antes y después siguió desarrollando en diversos foros, allí exploraba los nexos producidos durante el conflicto en la provincia cuyana con la Iglesia de Chile. Siendo lo religioso un elemento que vincula sociedades, pueblos y estados, podía considerarse una deriva ingeniosa, pero muy real, de su inclinación por cultivar la historia de las relaciones internacionales e interamericanas. Sin embargo, era también parte de la experiencia vital de Leonardo. Él mismo había sido protagonista de una experiencia de los tiempos recientes, que ya está en los libros de historia. Formado teológica y doctrinalmente en la fe católica y consustanciado con los postulados del Concilio Vaticano II, autodefinido como un cristiano que había adherido al socialismo, en agosto de 1968, participó junto con doscientos laicos y sacerdotes -algunos de ellos jesuitas- en la toma de la Catedral de Santiago, erigiéndose luego como presidente del progresista movimiento Iglesia Joven. Bajo la consigna “Por una Iglesia junto al pueblo y su lucha”, el objetivo del grupo era manifestar el malestar por la conducción de la Iglesia chilena. Allí se concelebró la Eucaristía, mientras también los hermanos Ángel e Isabel Parra, identificados con la izquierda marxista, como define Jeffs, interpretaron en el recinto sagrado el “Oratorio para el Pueblo”. En una carta pública que escribió en 2008, rechazando reconstrucciones que consideraba inexactas e incluso injuriosas de algunos historiadores se preguntaba Leonardo: “¿La crítica es algo que está vedado al pueblo creyente? ¿Acaso no lo hizo Pablo respecto de Pedro en los inicios de la Iglesia?”. Y respondiendo a las censuras por la colocación de lienzos con las figuras del cura Camilo Torres y de Ernesto “Che” Guevara al interior de la Catedral, apelaba a la existencia “de una antigua doctrina en la Iglesia que plantea que la violencia se justifica cuando existe una tiranía evidente y prolongada, que se ha hecho todo lo posible por las vías pacíficas para ponerle fin, y, por último, si se tiene un cierto grado de certeza de lograrlo. Ese planteamiento lo reforzó, en 1967 Paulo VI en su Encíclica *Populorum Progressio* y la Jerarquía Católica en Nicaragua para poner término a la dictadura somocista, la que abrió paso a la Revolución en dicho país”, asumiendo que “en los 60 y en los 70 muchos jóvenes cristianos admirábamos la entrega y el espíritu de sacrificio, con su disposición a dar la vida por los demás”.

Establecido con su esposa e hijos en Antofagasta, comenzó a trabajar en la Universidad del Norte, desde donde comenzaron sus frecuentes viajes a Bolivia y su decisión de conformar en aquella ciudad un Instituto Chileno-Boliviano de Cultura. Después del golpe del 11 de septiembre de 1973 se radicó en Santiago. Sus amigos recuerdan que durante la dictadura de Pinochet fue un valiente defensor de los derechos humanos, asilando perseguidos en su hogar familiar, realizando huelgas de hambre, actuando en entidades gremiales. No conocimos en Leonardo ningún alarde, pues tenía la sencillez del mandato evangélico: “que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha”. Mientras, emprendía el camino de la profundización de sus saberes universitarios en historia, indagaba sobre las fuentes del pensamiento latinoamericanista a través de la personalidad de Víctor Raúl Haya de la Torre, del APRA (Acción Popular Revolucionaria Americana) y de la integración latinoamericana, se reintegraba al trabajo académico en el Instituto Profesional de Estudios Superiores “Blas Cañas”, luego Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, siendo animador de innumerables seminarios y de la reactivación del Instituto Chileno-Boliviano de Cultura de Santiago, fundado en 1937.

En julio de 2013, Leonardo volvió a Buenos Aires para participar de un congreso -¡una vez más!, disfrutando además del teatro, de las librerías, de los cafés, del tango,

desde la avenida Callao, Córdoba o Santa Fe a la calle Corrientes- y aproveché para invitarlo a disertar en el Doctorado en Historia de la Universidad del Salvador. Entonces se refirió al papel pacificador jugado por los países de la región durante la Guerra del Chaco, otro de los grandes temas de su interés. Era ello parte de la investigación con la que había obtenido el grado de doctor en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile, y que ya había generado importantes contribuciones suyas en forma de ponencias y artículos, que principió con el estudio que dedicó en 1995 a *Aquiles Vergara Vicuña: perfil biográfico de un hombre íntegro*, el militar que participó en la guerra del lado boliviano, a la vez escritor que en 1936 planteó que Arica fuera entregada a Bolivia, y siguió con trabajos como los publicados en Talca en 2004, “Combatientes e instructores militares chilenos en la Guerra del Chaco”, o en Iquique ese mismo año: “Logros, frustraciones y desafíos en la historia de las relaciones chileno-bolivianas, desde la firma del Tratado de 1904 hasta nuestros días”, en el libro *Bolivia y Chile: propuestas de integración para el siglo XXI* (editado por Marcela Tapia Ladino) o en Santiago en 2008 sobre “Las relaciones chileno-paraguayas durante la Guerra del Chaco (1932-1935)”. Leonardo ahondó en las distintas razones que tuvieron aquellos chilenos que, impensadamente, lucharon por Bolivia en la guerra, historiando el período de acercamiento hacia los gobiernos de La Paz que protagonizaron posteriormente los gobiernos de González Videla e Ibáñez del Campo. En aquella estancia me dedicó -“con mucho aprecio y en recuerdo de mi visita”- su obra *Encuentros y desencuentros: Chile y Bolivia, 1928-1938*, Santiago, Ediciones Peña Andina, 2005, que refleja las experiencias de sus tantos viajes a La Paz, Santa Cruz de la Sierra y el resto de la geografía boliviana, sus aproximaciones con intelectuales y agrupaciones culturales, y reflexiona sobre el origen de las desconfianzas que han impedido solucionar el contencioso que enfrenta a Chile con Bolivia, recorriendo los principales hitos de la demanda marítima boliviana. En diciembre de 2014 apareció en la edición chilena de *Le Monde Diplomatique* su artículo “Un acercamiento al entendimiento. Aportes bolivianos a Chile”, texto que era una síntesis de un prometido libro que se encontraba escribiendo: *Bolivia para chilenas y chilenos. Un aporte para la superación de la ignorancia y los prejuicios*, en donde se esforzó por mostrar aspectos menos conocidos de las relaciones entre ambos países, del mundo intelectual, artístico, espiritual, cultural y deportivo, y que se sobreponen al plano diplomático.

Leonardo mantuvo la energía de sus convicciones hasta el final: nacido de su impulso y en las vísperas de la visita papal a Bolivia, tuvo lugar en la Universidad Católica Argentina con el respaldo de su rector el arzobispo Víctor Manuel Fernández, muy cercano al pontífice de origen argentino, la reunión de un grupo de intelectuales con el objetivo de proponer vías de integración en el Cono Sur. Los responsables y los participantes de aquel foro porteño coincidieron en señalar que la iniciativa, de la que participaron académicos chilenos, bolivianos, peruanos y argentinos, pretendía ubicarse más allá de la urgencia de los planteos interpuestos ante la Corte Internacional de Justicia en La Haya, para situarlos en el largo plazo y en el espíritu de la cultura del diálogo que inspira el papa Francisco. Aún sabiendo de la impopularidad de su posición en su propio país, Leonardo proponía la mediación del ex presidente uruguayo José Mujica, a través de la UNASUR, para encontrar una solución de consenso que favoreciera el reencuentro de Bolivia con el mar, fortaleciendo así la unidad latinoamericana. Es posible escuchar por internet el audio de su voz, serena y firme pero por momentos quebrada, argumentando a favor de alentar un diálogo que considerara una salida soberana al mar para Bolivia en una entrevista que le hiciera Radio Cooperativa de Chile el 25 de mayo de 2015. Ello era continuidad de lo acordado ya en un anterior seminario de reflexión al que fue especialmente invitado Jeffs, y que tuvo

lugar por la convocatoria de la Universidad Católica de Lovaina en 2006, donde otros tantos académicos de Bolivia, Chile y Perú habían planteado opciones novedosas para resolver la mediterraneidad boliviana.

Sin duda que sus tantos alumnos como sus amigos y colegas de Chile y Bolivia lo podrán rememorar con más riqueza testimonial, pero atesoro como uno de mis más entrañables recuerdos, el de una cálida mañana cuando estaba revisando en soledad documentos diplomáticos en un escritorio del archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Paraguay, en Asunción, y se abrió la puerta, e inesperadamente, apareció tras un agotador viaje en colectivo, Leonardo Jeffs, quien llegaba junto con el profesor Claudio Tapia, unos de sus discípulos dilectos, a investigar en aquellos esquivos fondos.

Beatriz Figallo